

SEÑAL MEMORIA

29 de noviembre de 1966

Presidente de la República

Carlos Lleras Restrepo

Alocución televisada: «Las medidas económicas y el Fondo Monetario Internacional».

Amigas y amigos:

No pensaba, en verdad, volver tan pronto ante las cámaras de la televisión para conversar con ustedes, pero la circunstancia de que el gobierno se haya visto obligado a dictar en la madrugada de hoy un decreto sobre cambios internacionales, que necesita algunas explicaciones públicas, me ha movido a darlas. Lo haré de la manera más sencilla, para que ellas pongan el contenido de esta providencia al alcance de todas las gentes.

Desde luego, quiero que el país se ocupe de este tema y contemple la situación con frialdad, con la misma cabeza fría con que la hemos estudiado en el seno del gobierno, mirando cara a cara las realidades, los hechos, los números, sin exaltarnos delante de las dificultades ni delante de las diferencias de opiniones que hemos tenido en el curso de las negociaciones sobre financiación internacional. Porque es natural que en esta clase de negocios se presenten puntos de vista distintos. Se negocia para conciliarlos; algunas veces la conciliación es fácil y otras resulta un poco más complicada.

Precios del café y desequilibrio cambiarlo

En mi conversación anterior explique un poco lo que yo entiendo que es el desequilibrio estructural de una balanza de pagos, cuando las entradas ordinarias que tiene un país, principalmente por razón de sus ventas al extranjero, resultan inferiores, crónica y persistentemente inferiores, a la suma de divisas que necesita la importación de bienes indispensables para el desarrollo económico del país a un cierto ritmo, a una cierta tasa, como suele decirse. Y les recordé a ustedes que Colombia ha venido padeciendo de un desequilibrio estructural de esa naturaleza, principalmente por el deterioro de los precios del café en el mercado mundial. Hemos estado muy de malas en este campo. El café viene atravesando desde 1929 una crisis prolongada que no tuvo sino cortas interrupciones que condujeron

a precios relativamente elevados; y esos precios relativamente elevados que se presentaron en 1952, 1953 y 1954 alarmaron mucho a los países ricos.

Hay cierto egoísmo en las clases consumidoras de estos cuando tienen que pagar algo más por una libra de café y se piensa poco en los sacrificios y en el bajo nivel de vida de quienes cultivan el grano en estas tierras tropicales. Hemos tenido, repito, mala suerte con el café: cuando hubo ese corto periodo de buenos precios la alarma de los países ricos fue tan grande que incluso se apresuraron a financiar nuevas siembras en otras regiones. Hoy estamos sufriendo los resultados de esa competencia y a este gobierno le ha correspondido un buen lote de dificultades.

Algún amigo supersticioso me decía que cada vez que subía un presidente de filiación liberal le tocaba la desgracia de que bajara el café. Y creo que eso si no se ha cumplido ahora también. He estado revisando los datos y precisamente desde agosto de este año comenzó a bajar el precio del café en el mercado internacional. Y no creo que eso sea un castigo de Dios por ser yo liberal, sobre todo habiéndome convertido desde hace tanto y de tan buena fe a los principios del Frente Nacional. En realidad, la baja del café se produce porque el ritmo de avance de los consumos es muy inferior al avance de la producción en los distintos países, algunos de los cuales la han multiplicado considerablemente en el transcurso de las dos últimas décadas.

Tal cosa ocurre sobre todo con los países africanos pero también, con algunos países americanos, incluso con países productores de café suave que compiten con nosotros. Pues bien, ese fenómeno, como lo anoté en mi charla anterior, se ha presentado este año con características graves, porque mientras se discutía el Pacto del Café en Londres para regular la oferta y se llegaba a fórmulas no muy satisfactorias porque las cuotas quedaron un poco altas, cuando se estaba estudiando, repito, la posibilidad de establecer certificados

de origen para evitar que el café se exportara irregularmente por los países miembros del pacto más allá de sus cuotas, algunos se anticiparon a las reglamentaciones y se exportó mucho café.

Entre otras causas, este hecho ha influido grandemente en el descenso de los precios, el cual, naturalmente, ha hecho fallar todos los cálculos que habían preparado las autoridades monetarias colombianas sobre la situación de la balanza de pagos en el presente año de 1966. No es aquella, repito, la única causa; pero es quizá la mayor. Habían calculado las autoridades monetarias que recibiríamos por ingresos cafeteros en este año 355 millones de dólares. Hasta el 26 de noviembre no hemos recibido sino 274, es decir, registramos un déficit de 81 millones. No creo que lleguemos a 30 millones más en lo que falta del año. De manera que tendremos una disminución en los ingresos previstos de unos 50 millones de dólares.

Hay otros factores que han alterado también los cálculos, pero en menor proporción. En realidad, la gran falla, la desmejora de nuestra situación está en que hemos vendido a menos del precio calculado y hemos vendido menor cantidad de la que necesitábamos vender. De otro lado, se ha vendido alguna parte de ese café en países que tienen acuerdo de compensación y no es fácil siempre disponer de los saldos que resultan de esas operaciones. No es lo mismo vender en los Estados Unidos o en Alemania Occidental, en donde no hay ninguna dificultad para recibir en efectivo el valor del café, a invertirlo en compras en cualquier parte del mundo, que vender a los países con los cuales tenemos acuerdos bilaterales que nos obligan a comprar mercancías de esos mismos países.

Colombia no tenía una buena organización para saber que debía y podía comprar en cada una de las naciones con las cuales ha celebrado acuerdos de compensación. Ahora se está estudiando un poco más a fondo este problema, para que no sigan aumentando saldos que significan una financiación del café que vendemos; una financiación que no nos están pidiendo porque esos países, en realidad, desearían que les compráramos, que no dejáramos sin gastar sumas que, nominalmente, representan una reserva pero que no son girables con la misma libertad de las otras reservas monetarias. Tales sumas han aumentado un poco durante el presente año y ese es uno de los puntos de la política cambiarla y comercial del país que requieren estudio y rectificación.

Pero esta situación de desequilibrio de la balanza, a pesar de los préstamos no totalmente utilizados, y no siempre por culpa del país sino por razón de la forma misma como se otorgan los préstamos, es un aspecto de los problemas que son comunes a Colombia y a otros países subdesarrollados: problemas de unas ex-

portaciones competidas en el mercado mundial, mal pagadas, frente a un alza firme del precio de los productos industriales que tenemos que comprar, lo cual ha creado discusiones sobre política comercial que formaron el temario de las conferencias internacionales en los últimos años y sobre el cual hemos trabajado tanto, solicitando a los países industriales que adopten medidas de política comercial que nos permitan establecer un poco el equilibrio, que impidan que se siga ahondando la diferencia inmensa que nos separa de ellos; que eviten que tengamos que estar apelando constantemente a la financiación internacional y aumentando nuestras deudas en lugar de poder pagar con el fruto de nuestras exportaciones.

Esta situación que existe para el café irrumpió frecuentemente para otros productos tropicales o semitropicales que el país se aventura a exportar. Hoy tenemos un problema con el azúcar, para lo cual se nos otorgó una cuota muy baja en los Estados Unidos. Nuestra producción exportable superior a esa cuota vamos a tener que venderla en el mercado mundial, donde el precio ha llegado a límites mínimos de centavo y medio de dólar la hora, si no recuerdo mal. El mismo problema se nos presenta con el algodón, que se está cotizando a precios muy bajos, con una competencia internacional aguda. El mismo con el banano, también competido fuertemente en el mercado. Y eso ha hecho que Colombia, a pesar de evidentes esfuerzos para aumentar el volumen físico de sus exportaciones, haya tenido que soportar un deterioro de su situación financiera.

Las reservas negativas

Yo tuve el honor y la responsabilidad de manejar las finanzas nacionales como ministro de Hacienda hace ya muchos años, en la época de la administración Santos, que debió afrontar grandes dificultades por razón de la guerra. Se nos cerraban los mercados cafeteros, hasta llegar al punto en que el grano se cotizaba a seis y medio centavos la libra, tuvimos que adoptar entonces muchas medidas restrictivas de nuestro comercio y hacer frente a situaciones muy estrechas. Pero yo recuerdo que, aun así, disponíamos de unas reservas de oro y divisas extranjeras positivas, que giraban alrededor de 20 millones de dólares.

Se me dirá: ¡que reservas tan bajas! En realidad eran muy bajas para un país que tenía entonces un comercio de importación de unos 120 a 130 millones de dólares por año. Tener unas reservas que equivalían a 17 o 18 % del valor total del comercio de importación no era mucho. Pero ¿que ha venido después? ¿Qué le ha sucedido al país que ha pasado a no tener reservas positivas sino a registrar lo que los técnicos, con una frase un poco enrevesada, llaman reservas negativas? Yo les quiero explicar bien a mis compatriotas lo de las reservas negativas, porque ello tiene mucho influjo en

la situación que estamos contemplando. Tener reservas negativas consiste en que el banco emisor, donde se concentran las reservas de oro y divisas extranjeras del país, debe a corto plazo más de lo que tiene. Y el país ha venido teniendo reservas negativas desde hace bastante tiempo.

Eso sin contar naturalmente la deuda externa de la nación, de los departamentos, de los municipios, de las entidades descentralizadas y de los particulares, pues me refiero solo a las obligaciones del Banco de la República. En septiembre del año de 1965, cuando el país estaba pasando por una mala situación, por uno de esos períodos de desorden económico que suele sufrir, teníamos unas reservas negativas de 138 millones de dólares, computando en esta suma el atraso en el pago de deudas comerciales que ya estaban vencidas, con respecto a las cuales los particulares habían consignado la equivalencia en moneda extranjera, sin que se hubieran podido hacer las respectivas transferencias, por falta de divisas. En los arreglos que celebró el gobierno anterior con el Fondo Monetario se había previsto mejorar la situación y disminuir el monto de las reservas negativas. Pero eso no se pudo cumplir, principalmente a causa de la baja del café.

Resulta muy grave que no se cumplan las previsiones consignadas en los acuerdos con el Fondo. Aunque parezca extraño a quienes me escuchan, cuando el Fondo abre lo que llaman un stand-by, es decir, el derecho a girar contra un crédito que le abre el Fondo al país, sujeta esa posibilidad de giro a que se cumplan ciertas condiciones, y una de ellas es la de que las reservas, según la carta de intención que firmó el gobierno pasado, alcancen determinados límites, en determinada fecha. Si los resultados no confirman las previsiones porque desciende, por ejemplo, el precio del café, uno podría pensar a primera vista que al menos la ayuda debería seguirse prestando, porque ha sido una causa extraña la que ha desmejorado la situación financiera del país. Pero no sucede así y la falla puede ser una de las razones para que no se permita girar sobre el saldo del crédito abierto.

Parece raro todo eso, pero las prácticas de las finanzas internacionales son así. El hecho de que el Banco de la República tuviera, el 19 de noviembre, unas reservas negativas de 126 millones no es todo el cuento. La situación financiera es peor, porque la Federación de Cafeteros también tiene deudas externas que no figuran computadas como deudas del Estado ni computadas como deudas del Banco de la República, y que son cuantiosas y a corto plazo.

De manera que la situación que este gobierno recibió y que se le ha venido agravando con la baja del café estaba lejos de ser un paraíso. No quiero imputarle esa situación a nadie, ni hacerle cargos a ningún

gobierno. Esto es fruto, en parte, de imprecisiones, de mala política, pero ese inmenso porcentaje resulta del desequilibrio estructural en nuestra balanza de pagos y de la situación del comercio mundial, caracterizada por el alza de los artículos industriales y el bajo precio de las materias primas y artículos alimenticios. Pero es bueno que se sepa que este gobierno recibió una situación financiera ya bastante complicada, y que se le complicó aún más con la baja inesperada en los ingresos cafeteros.

Naturalmente nosotros teníamos y tenemos un plan económico. He estado muy enamorado de la política que he llamado "economía de la abundancia". Economía de la abundancia, cuyo principio esencial podría sintetizar diciendo que yo querría que el país consiguiera el equilibrio y la estabilidad de los precios no principalmente restringiendo la demanda de las gentes sino aumentando la oferta de bienes, incrementando la producción. Para eso necesita capacitarse, aumentar sus equipos y mejorar sus rendimientos, lo cual no puede lograrse en unos pocos días.

Creemos, por ejemplo, que es posible aumentar sustancialmente la producción agrícola en varios rangos y hemos estado reuniéndonos con los técnicos del Ministerio de Agricultura, trazando planes para seis o siete artículos en el sector agrícola y también en la ganadería, y examinando cuáles son las medidas que hay que tomar para garantizar un aumento lo más acelerado posible del volumen de la producción y también de la productividad para que el ingreso campesino no se vea afectado por la baja o la prolongada estabilidad de los precios.

Hay, en efecto, agricultores que registran una baja productividad, hasta el punto de que un descenso en los precios agrícolas sería para ellos la ruina. Pero aumentar la productividad requiere campañas de extensión agrícola, de crédito, de selección de semillas, etc., que se están intensificando rápidamente pero que no pueden dar sus frutos de la noche a la mañana. Lo mismo sucede en el campo industrial. Hace algunos días se empezaron los trabajos para el plan de desarrollo de la industria metalmecánica con el objeto de aprovechar mejor el equipo que tiene el país; ver qué cantidad de bienes de capital y de artículos de uso durable que todavía importamos podemos sustituir y que podemos exportar. Para esa tarea hemos demandado y conseguido la cooperación del sector privado; pero los resultados tampoco se verán de la noche a la mañana.

Política de comercio exterior

Naturalmente, esta filosofía de la economía de la abundancia quería yo verla reflejada en la política de comercio exterior. A mí me atrae una política de liberalización de importaciones porque con ella hay más libre

competencia y por lo tanto es benéfica para el consumidor. Me gusta y me sigue gustando, repito, una política de liberalización de importaciones. Así, la política de la economía de la abundancia puede fundarse por un lado en la liberalización de importaciones, en la competencia respecto a artículos de importación, y por otro en el aumento de nuestra propia producción, con planes concretos y técnicos, tanto en el campo industrial como en el agrícola, para que la estabilidad de los precios nazca de que al aumento en la demanda corresponda un incremento en la oferta no solo proporcional sino aún mayor.

Sobre estas bases estamos trabajando y nos presentamos a discutir delante de los funcionarios internacionales y de los representantes de la Alianza para el Progreso, es decir, del gobierno de los Estados Unidos. Tuvimos inicialmente una impresión optimista. Parece que nuestras ideas fueron acogidas con simpatía. Deben serlo. Correspondían a una filosofía económica sana y constructiva. Y sé que a los Estados Unidos y al Fondo Monetario les preocupa hoy mucho, como parte de su filosofía comercial, mantener la libertad de importaciones. Pero advertimos a esos funcionarios, incluso al señor Gordon, subsecretario de Estado para los Asuntos de América Latina y de grande influjo en la orientación de las operaciones de la Alianza para el Progreso, que el mantenimiento de una política de esa clase necesitaba que una financiación oportuna diera al país confianza con respecto a ella. Me hice la ilusión de que recibiríamos esa financiación oportuna en el último trimestre de este año con un préstamo de programa por el sistema de la Advance Commodity Financing. Se trata en estos casos, como es bien sabido, de la apertura de un crédito sobre el cual se puede girar para la compra de mercancías americanas, porque estos préstamos de programa son únicamente para comprar mercancías norteamericanas.

Ese préstamo de programa para la parte final de este año, en la forma por nosotros solicitada, no se pudo conseguir. Nos han dicho los funcionarios de la Alianza para el Progreso que hay dificultades legales, que hay dificultades prácticas, que los Estados Unidos tienen, además, dificultades de balanza de pagos. Nosotros respetamos esas razones. Comprendemos que no debemos forzar ninguna petición nuestra si las dificultades son tan grandes. Naturalmente lamentamos el que no se nos facilite un poco más nuestra tarea; pero les hacemos frente a las situaciones como se presenten porque no está en nuestras manos modificar la política norteamericana más allá de los límites en que los directores de ese país crean posible modificarla. De paso hay que reconocer que en sus relaciones con nosotros ellos han sido cordiales y han mostrado regularmente una dosis de muy buena voluntad. Pero la financiación necesaria no se obtuvo y la liberalización de importaciones sufrió así un primer golpe.

Diferencias con el Fondo Monetario

Las negociaciones prosiguieron, sin embargo, ya sobre la financiación del país durante el próximo año. Como les conté a ustedes, amigas y amigos, en mi charla pasada, nos pusimos a trabajar muy intensamente en un programa de inversiones, en la formulación de las previsiones de lo que podría pasar con la balanza de pagos, con el medio circulante y la política monetaria, en el cálculo de la cuantía de las financiaciones externas que necesitábamos, etc. Y siguieron los contactos con la AID, con el Fondo Monetario, con el Banco de Reconstrucción y Fomento, que tantos programas interesantes ha financiado en el país y con cuya ayuda deseamos seguir contando.

Con el Fondo Monetario hemos tenido algunas diferencias de criterio. Creo que el país las debe conocer y ha de conocer el origen de la situación que se nos ha creado. En mi charla anterior dije, al comenzar, que tenía algunas noticias buenas y algunas noticias menos buenas o francamente malas que darles a mis compatriotas. La noticia buena era la comunicación que nos había hecho la Embajada de los Estados Unidos de que se había dado, como ellos suelen decir, la luz verde para que comenzáramos la etapa final de la discusión de un préstamo de programa por cien millones de dólares acompañado de la posibilidad de un crédito del Export Import Bank por 30 millones de dólares más y la de otras financiaciones para programas específicos.

Le advertí al país que esta era una financiación que nos iba a ayudar mucho siempre que no se cometieran locuras, que teníamos que manejar la situación con prudencia y que desgraciadamente estábamos contemplando una mala situación con el café. Pues bien, nosotros avanzamos con optimismo hasta el viernes en esas negociaciones. Hoy cualquiera puede, con plena razón, preguntarnos por qué yo le dije al país que podía darle buenas noticias de ese préstamo y ahora nos presentamos ante el con la serie de medidas restrictivas en materia cambiaria que me voy a permitir explicar más adelante.

Simplemente, respondo: porque teníamos derecho a basar nuestros planes sobre lo que se nos había dicho. Cuando se nos avisó que entrabamos en la etapa final de las negociaciones y en principio se nos dijo que los planes de inversión del gobierno y sus políticas monetaria, crediticia y fiscal parecían buenas, podíamos entrar con optimismo a negociar y podíamos contarle esto al país y no creo que haya sido una imprudencia contarla. Hasta el viernes tenía yo la impresión de que los funcionarios de la AID, es decir, de la Alianza para el Progreso, no compartían muy estrechamente los criterios del Fondo Monetario que habían provocado algunas cordiales diferencias entre el Fondo y el gobierno colombiano y solo el domingo apareció claro que el

préstamo de programa se condicionaba a que nos pusiéramos de acuerdo con el Fondo Monetario y este nos concediera el nuevo stand-by que se le había solicitado para el año entrante. Dicho stand-by se calculó inicialmente en 60 millones; luego se nos dijo que podía ser de 50: 30 estarían destinados a reembolsarle al mismo Fondo Monetario Internacional préstamos que le hizo al pasado gobierno y 20 formaría realmente la financiación nueva. Se trataba de una ayuda considerable. De paso anotó que las negociaciones con el Fondo Monetario Internacional tienen mucha importancia porque los otros organismos internacionales suelen tener muy presente el concepto que el Fondo se forme sobre la política monetaria y cambiaria de cada país.

Pues bien, con el Fondo hemos tenido diferencias de dos órdenes: una de carácter técnico sobre la manera de hacer frente al desequilibrio estructural de la balanza de pagos; otra de un carácter diferente, relacionada más bien con una diferente apreciación sobre el grado de autonomía que pueden y deben conservar los países, a pesar de que tengan que recurrir a los préstamos del Fondo Monetario, en el manejo del conjunto de su política económica. Voy a explicarle al país este par de problemas, con cabeza fría, porque no se trata de que nos pongamos a pelear con el Fondo Monetario Internacional, con el cual seguimos en negociaciones, ni de irritar a la opinión pública, sino de informar acerca de la divergencia de opiniones y de conceptos que explican la posición que nos hemos visto obligados a tomar por medio del decreto que explicaré al final de esta charla.

El papel del equilibrio fiscal

Decía que tenemos con el Fondo una divergencia de carácter técnico. Al Fondo le hemos presentado nosotros una política destinada a buscar la estabilidad monetaria y la modificación gradual del desequilibrio estructural para ir aminorando el déficit de la balanza gradualmente y a la vez mantener el máximo posible de estabilidad cambiaria y de nivel de precios en el país. Y le hemos dicho: tenemos una política de equilibrio fiscal, queremos cortar todas las fuentes de inflación monetaria originadas en un exceso de gastos sobre los recursos; ¡por eso vamos a hacer una política de economía presupuestal y de creación de nuevos recursos para aumentar el volumen de las inversiones públicas sin recurrir a las emisiones monetarias; hemos presentado al Congreso el proyecto de impuesto a la gasolina; y nos hemos puesto de acuerdo con el ponente, doctor Camacho Gamba, en la Cámara, para simplificar un proyecto del anterior gobierno, muy largo, muy difícil para que pueda ser estudiado en la Cámara, y que persigue combatir la evasión fiscal; y hemos solicitado autorizaciones para poder hacer economías y simplificaciones en la administración. Y le dijimos al Fondo: tenemos la sensación, y yo todavía la tengo, de

que seremos capaces de hacer una política de equilibrio fiscal, de manera que no haya emisiones monetarias originadas en exceso de gastos sobre los recursos del tesoro.

Política cafetera e inflación monetaria

En segundo lugar, tenemos que sanear otro problema que ha sido fuente de inflación en el país, causa de graves desarreglos en la economía, que es el manejo de la política cafetera. Como el país no puede exportar todo el café que produce y tiene que sostener un precio interno que equivalente al externo y a veces ha mantenido, equivocadamente, un precio interno superior al que correspondería estrictamente al externo; y ya que, por otra parte, no puede prescindir del diferencial cafetero porque es una entrada fiscal demasiado importante para que dé un momento a otro se elimine, resulta necesario tomar medidas para que la Federación pueda cumplir su función de mantener estables los precios para el productor cafetero de acuerdo con los movimientos del mercado y cumplir con el pacto de cuotas sin que eso signifique tener que tomar préstamos y más préstamos en el Banco de la República, que generan inflación monetaria.

Empezamos a tomar medidas en agosto mismo, para ajustar los precios internos del café a los precios externos y no seguir vendiendo a pérdida para el consumo interior. Desgraciadamente, estas medidas van a tener que ser de nuevo modificadas porque el café sigue bajando y la situación cafetera sigue siendo mala. Pero no creemos que escape a nuestras posibilidades el controlar este aspecto de la política económica y así se lo manifestamos, repito, al Fondo Monetario. Claro que los funcionarios internacionales, que yo no creo se hayan paseado mucho por nuestros cafetales para ver la vida que llevan nuestras pobres gentes y que miran el problema con un poco de indiferencia, yo diría que de manera poco humana, dicen: ustedes tienen un exceso de café, tienen que presentarnos un plan para disminuir la producción cafetera, sustituir el café por otros productos.

Nosotros decimos: si, se está haciendo un esfuerzo para aumentar la producción de otros artículos; pero en la zona cafetera cambiar el café por otras cosas no es una empresa fácil. Estamos organizando una revisión para complementar el principio del esfuerzo hecho en Caldas: una revisión de las zonas que podríamos llamar marginales donde el café rinde peores frutos, donde el resultado económico es menos satisfactorio para ver con qué otro cultivo, con que otra explotación se podría reemplazar, el problema no es fácil.

El inventario de esas zonas marginales, el estudio de las características que les dan ese carácter y el estudio de lo que puede reemplazar al café es cosa que

requiere un esfuerzo un poco duro, un poco complicado, que tiene que tomar en cuenta las situaciones humanas y los problemas sociales que se crean. No es un problema que podamos resolver con indiferencia, ni que pueda decidirse por un técnico internacional, con un plumazo, desde su escritorio en Washington. Aquí tenemos una responsabilidad con nuestras gentes, con nuestros trabajadores, con nuestros campesinos a quienes no les podemos decir de buenas a primeras que se vayan de las tierras que habitaron sus abuelos y sus padres y que ellos han trabajado por toda una vida.

Política de crédito

Pero, en fin, sobre ese aspecto de la política creemos poder adelantar planes realistas y en todo caso ponerle coto a la inflación que se origina en el manejo del pacto y de las retenciones cafeteras. Tenemos también una política de crédito; deseamos orientar el crédito de acuerdo con la filosofía de la economía de la abundancia, facilitarlo para que se produzca más, no para que se especule más. Por ejemplo, consideramos un grave problema el que se facilite tanto crédito a la importación que, muchas veces, acumula existencias exageradas, especulando sobre el derrumbe del peso, pensando en que una devaluación le dará utilidades sobre las grandes existencias acumuladas, no creemos saludable otorgar crédito en abundancia para esa clase de operaciones.

Cuando con un poco de retraso, porque los organismos de vigilancia no estaban funcionando bien, vimos que se estaba ensanchando demasiado el crédito bancario, llamamos, como advertí en mi charla pasada, a los banqueros para decirles que eso no debía suceder, y se empezaron a tomar medidas de rectificación y se empezó a investigar el funcionamiento de varios aspectos del mecanismo crediticio para corregirlos. Creemos tener una política sana que no ahogue la producción, sino que la fomente; y que no facilite la especulación. Pero el desarrollo de esa política también requiere tiempo, requiere perfeccionar organismos, requiere estudiar muchos factores. Nos sentimos capaces de llevarla adelante, creemos que podemos hacerlo sin medidas brutales, sin medidas demasiado automáticas y bruscas.

Política salarial

Tenemos una política salarial, como advertí también en mi charla anterior. No era posible tener estabilidad de precios si nos dejamos envolver en la espiral de los precios y salarios y por eso les hemos recomendado a las federaciones obreras, a los sindicatos, que sean moderados en sus peticiones y el país ha respondido con patriotismo ejemplar. La casi totalidad de los grupos obreros ha entendido esta política y nos está prestando una cooperación admirable, y yo tengo que darle

las gracias a la clase obrera colombiana por la comprensión que está mostrando, por la manera como ha sabido corresponder al esfuerzo que le demandamos en bien de la estabilidad económica del país. Las convenciones que se están celebrando por lo regular se han hecho en términos moderados y razonables que no implican un estímulo a la inflación. El señor ministro de Obras Públicas ha puesto en mi conocimiento el acuerdo al que se llegó con los trabajadores de las carreteras nacionales, que es un acuerdo moderado, razonable, que muestra en estos trabajadores un espíritu de cooperación que yo les quiero agradecer en nombre del gobierno y de la nación toda. Es un ejemplo de sensatez, de equilibrio, de sentido patriótico.

El conjunto de la política económica y las diferencias con el Fondo Monetario

Estas cuatro bases de nuestra política: equilibrio presupuestal, que evite las causas de inflación de origen fiscal, permitiendo al mismo tiempo un mayor desarrollo de la inversión pública; política cafetera, que permite hacer funcionar el control del mercado y el pacto cafetero mundial sin recurrir a fuentes inflacionarias; política crediticia, para que se oriente el crédito ampliamente hacia el aumento de la producción y se desvíe de la simple utilización especulativa; política de ingreso, tanto en los salarios como en las utilidades, que impida aumentos bruscos que darían nacimiento a una demanda que no se puede satisfacer y a un alza de precios que frustraría las ventajas que por otro lado pudieran adquirir los trabajadores, y todo esto complementado con una política de planeación de la producción para aumentar tanto la destinada al consumo interno como la de exportación, fue la que nos hizo pensar que podíamos trabajar en perfecta armonía con el Fondo Monetario y buscar el equilibrio de la balanza de pagos sobre la base de que ese equilibrio no se podía lograr de la noche a la mañana y de que, durante cierto tiempo, teníamos que contar con un cierto volumen de financiación externa.

Pero hemos tropezado, repito, con algunas diferencias de carácter técnico. El Fondo Monetario se inclina demasiado, pienso yo, a creer que los desequilibrios de la balanza, aun los desequilibrios de carácter estructural más profundos se deben corregir por medio de bruscas variaciones en la tasa de cambio, o sea, de devaluaciones masivas y ha tenido la tendencia a exigirlas, señalando sistemas automáticos. Por ejemplo, pidiendo que se diga con antelación que si las reservas no llegan a tal punto, que si hay expansión de medio circulante o un alza del nivel interno de precios que pasen de tal raya, debe hacerse una devaluación de una magnitud determinada y eso sobre cálculos muy discutibles que no resultan muy convincentes para los que hemos tenido algo que ver con la economía. Pero, sobre todo, sobre cálculos unilaterales que

no toman en cuenta sino un aspecto del problema, dejando de lado los demás.

Es muy difícil para un gobierno responsable decir: voy a hacer esta devaluación tomando en cuenta únicamente que necesito restringir las importaciones a determinados niveles, bruscamente, sin tomar en cuenta otros factores económicos. Por ejemplo, el aumento del pasivo de los que deben al extranjero, y sin tomar en cuenta los factores sociales y políticos. ¿De qué manera una devaluación intempestiva, por ejemplo, puede repercutir sobre el desarrollo ordenado de las políticas de equilibrio fiscal, de salarios, etc., que acabo de explicar?

Esa diferencia de criterios, el convencimiento que el gobierno colombiano tiene de que no podemos proceder a comprometerlos en devaluaciones que habría que ir realizando automáticamente; que hay muchas cosas distintas por hacer y que sería no solo antitécnico sino temerario desconocer las reacciones sociales que pueden surgir en nuestro pueblo y que nosotros podemos predecir porque no en vano hemos estado en contacto con el país por tantos años, nos ha creado dificultades para llegar al acuerdo de stand-by con el Fondo Monetario.

Tenemos que explicárselas al país; es inevitable hacerlo. No son diferencias que nos lleven a una guerra abierta, ni vamos a salir en cruzada contra el Fondo Monetario. Tenemos nuestras razones creemos tener fundamento para sostenerlas; creemos tener una política razonable hemos pedido que se nos abra un crédito de confianza en la ejecución de esa política creemos conocer nuestras gentes, nuestro pueblo, nuestras condiciones económicas creemos poder tener un criterio acertado para manejar la situación. Personalmente, yo he estado en contacto con la economía colombiana cuarenta años, y he estado en contacto con las gentes de todo el país; conozco sus condiciones, sus reacciones en todas las capas. Algo debe valer esa experiencia, y lo mismo digo de la experiencia de los ministros y funcionarios que me han acompañado en esta materia. No podemos abdicar de esa experiencia simplemente y ceñirnos a fórmulas de un automatismo que no nos parece aceptable.

Aparte de esta diferencia de criterio técnico, consistente en que nosotros no creemos que el desequilibrio estructural de la balanza se haya de remediar con base en devaluaciones masivas que serían fruto de la aplicación de métodos automáticos, además de esta diferencia tengo, repito, otra de criterio sobre la autonomía, la libertad que deben conservar los gobiernos; y comprendo que toda negociación implica un compromiso, implica una limitación de la libertad; pero los países no pueden limitar el manejo de su política, la apreciación del bien común y de la seguridad acerca

de las condiciones de paz y tranquilidad de sus pueblos, con compromisos de la naturaleza de los que se ha pretendido pedirnos.

He creído que el gobierno colombiano, y yo como presidente de la república, tiene la obligación de conservar para la república el derecho a manejar sus destinos, manteniendo los compromisos dentro de lo que normalmente sea aceptable desde el punto de vista económico y comercial, sin renunciar a la libertad para juzgar en cada momento sobre las condiciones necesarias para mantener la paz social y política y la normalidad institucional.

El gobierno de la nación se nos confió a nosotros y no a los organismos internacionales, creo que estos tienen que comprenderlo así. No pretendemos imponerles rigidamente nuestro criterio, pero tampoco queremos ni podemos aceptar que nos impongan fórmulas que nos impidan velar eficazmente por los superiores intereses de la nación y del pueblo cuyos destinos nos confió la voluntad popular. Naturalmente si estas diferencias con el Fondo Monetario demoran la celebración del stand-by y las operaciones de los préstamos del programa, se puede crear una situación transitoria difícil en materia de cambio internacional. Francamente se lo decimos al país, agregando que vamos a manejárla con cabeza fría y sin desesperarnos. Si es necesario pasar por algunas estrecheces, como es muy posible, pasaremos por ellas. Hay ciertas cosas esenciales que no pueden sacrificarse para que el gobierno se ahorra dificultades.

Cuando los pueblos y gobiernos se ven colocados delante de ciertas alternativas como la que afrontamos hoy, tienen que estar listos a hacer sacrificios si es necesario, a emplearse a fondo con energía, con austereidad, para salvar las dificultades. Nosotros, repito, continuamos negociando cordialmente; sin un espíritu chauvinista que está muy lejos de nuestro modo de ser; con un criterio claro sobre lo que podemos hacer y lo que no podemos hacer; identificados con las entidades internacionales acerca de la necesidad de adelantar una política económica sana e ir transformando la estructura de nuestra economía de cambio exterior. Sobre esto último no tenemos diferencias. Las tenemos sobre los procedimientos, sobre la manera como se deben apreciar los factores que juegan en una compleja operación social como es la de la transformación de esas estructuras.

El Decreto sobre Control de Cambios

Yo quiero invitar a los colombianos a que con ese criterio estudien el decreto que se ha dictado. No introduce este, en realidad, sistemas nuevos. Se limita a tomar unas medidas elementales de precaución mientras vemos cómo evolucionan las negociaciones internaciona-

les. ¿Qué hemos hecho con ese decreto? En primer lugar, hemos dado a la Junta Monetaria facultad para que establezca prioridades en los pagos internacionales, advirtiendo que, en primer término, los recursos disponibles se dedicarán a cumplir de la manera más fiel las obligaciones del Banco de la República, porque queremos ser fieles a esas obligaciones y no deseamos que un acto unilateral del gobierno venga a modificar sus compromisos contractuales. Serviremos fielmente la deuda pública y la del Banco de la República, y aplicaremos luego todos los recursos de cambio de que podamos disponer para atender nuestros otros compromisos externos honestamente. Naturalmente, en orden de la importancia que tengan y no se nos puede pedir que paguemos más de lo que podemos. Pagaremos hasta donde alcancen los recursos; en orden lógico. Mientras no nos lleguen recursos nuevos no au-

mentaremos nuestras reservas; comprendemos bien que no es el momento de hacerlo.

Vamos a mejorar un poco la situación financiera del país; pero lo primero es mantener hasta el límite de lo posible, hasta el límite extremo, el cumplimiento de todos nuestros compromisos externos, públicos y privados. Los acreedores externos del país pueden tener la seguridad de que el gobierno y la Junta Monetaria procederán en esto con una honestidad máxima. Pero eso sí, mientras no solventemos el problema de la financiación tenemos que tomar precauciones para graduar los pagos, para aplicar los recursos disponibles a los pagos más urgentes, más imperiosos. No podemos dejar que las divisas se utilicen desordenadamente, y se ponga en peligro el crédito público.

